

de llegada de todas las naciones. Más bien tenemos la experiencia contraria: se alejan los que antes saludábamos al entrar el domingo en Misa, se han quedado vacíos algunos bancos, por las nuevas normas y por las ausencias de los hermanos que se fueron. Nos ha vencido el miedo, no ya a la persecución como pasó con los Apóstoles, sino al contagio. Hemos convertido a hermanos en amenazas, y a la distancia social en norma de vida. Hemos asumido que por el momento -¿y cuándo cambiaremos?-, no tenemos otra misión que salvar la piel, librarnos del virus. Con María, abriremos las puertas de nuestros cenáculos refugio. De su mano, reconstruiremos nuestras comunidades de hermanos. La Madre volverá a acercarnos una y otra vez a Jesús su Hijo.

Queridos hermanos y amigos todos:

Después de casi quince años de caminar juntos, me toca decirles adiós. No tengo más alternativa que hacerlo a través de estos Medios que nos han acompañado y acercado tanto. Si miro hacia atrás veo casi quince años de cercanía a ustedes, con mucho, mucho, mucho que agradecer a Dios y a ustedes. Sus nombres y sus rostros quedan en mi corazón y en mi vida. Veo también muchísimas más cosas por las que pedir perdón a Dios y a todos ustedes. No supe, no quise, no pude hacer siempre el bien. Perdóñenme.

Rezo por todos los Canarios: Para que trabajen para superar el virus, y la calima espiritual que produce. Para que tomen con responsabilidad el asegurar protección para todos. Rezo por todas las autoridades, para que acierten en la regulación de los efectos de la pandemia, respetando derechos de todos, también los derechos religiosos, y procurando sobre todo el bien de los más débiles.

María, Virgen del Pino, en el centro de nuestros Cenáculos de hoy, alcánzanos que escuchemos y sigamos fielmente a tu Hijo. ¡Adiós Canarios! Que Él, Hijo del Padre, Hermano de todos, nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo.

✠ Francisco, Obispo

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE CANARIAS

SOLEMNIDAD DE NTRA. SRA. DEL PINO

HOMILÍA

TEROR, 8 DE SEPTIEMBRE DE 2020

que lo encontró. Se le acercó con su esposo José y dijo quedamente y con dolor: tu familia, tu padre y yo, te buscamos angustiados. *¿Por qué nos has hecho esto?* Y Jesús ya entonces le ensanchó la mirada. Él, el joven Jesús, que toma conciencia de que tiene un quehacer por encargo, y ella, y José y todos, tienen que estar en las cosas del Padre. Hay una familia más amplia, y es importante que nos pongamos todos a hacerla nacer y crecer en nuestros corazones y en nuestras vidas.

María guardó en su corazón el mensaje de su pequeño hijo Jesús. Lo recordó cuando Jesús señaló a los que oyen y siguen al Padre como su nueva y gran familia. Pero lo volvería a recordar cuando, desde la cruz, su Hijo Jesús le anunciaba una nueva maternidad: ahí tienes a tu hijo. Y la vivió y la realizó en el Cenáculo. Ella nos ayudará a recomponer la comunidad, haciéndola nueva, cálida, sacándonos del individualismo, haciendo que no sea algo fundado en el residuo de unos pocos que lloran ausencias y se lamentan de olvidos; que ven la distancia de dos metros como un recurso de prudencia sanitaria, pero que procuran que los corazones y las vidas estén a menos distancia... de los cercanos, y de los que no miramos tan de cerca, el parado, el pobre, el distinto, el emigrante, el refugiado... Son todos, madre y hermanos de Jesús. Son todos, hijos. La familia de Jesús.

La pandemia, esta singular calima que sufrimos, ha desdibujado en nuestros corazones y en nuestras vidas el rostro de Jesús, y también su comunidad, que era y es la nuestra. Pero también ha difuminado en nosotros la misión que el Resucitado nos encomendó, la misión de hablar de Jesús, de anunciarlo a todos; la misión de amar como Jesús, acercándonos especialmente a pobres, mayores, enfermos, emigrantes.

Nos alegra escuchar las palabras de Isaías: *Caminarán los pueblos a tu luz. Levanta la vista en torno, mira: todos esos vienen hacia ti; llegan desde lejos.* Ciertamente no hacemos hoy esta experiencia que canta Isaías al contemplar Jerusalén como punto

Is 60, 1-6
Salmo: Jdt 13, 18
Hechos 1, 12-14
Mat 12, 46-50

anuncio del Ángel en Nazaret, el duro camino hasta Belén, el alpendre en el que encontraron alojamiento, las misteriosas palabras del anciano Simeón, que anunciaron lo recién vivido en Jerusalén, y así tantas páginas de la Buena Noticia, de ese Evangelio que desconocían y que fue para ellos historia vivida.

También nosotros debemos recuperar y hacer historia viva el Evangelio, que es el mismo Jesús. Esta dura etapa del covid, con sus distancias, sus silencios, sus puertas cerradas, ha difuminado la figura de Jesús en nuestro corazón. Necesitamos volver a encontrarlo en la escucha de su Palabra, en el silencio del Sagrario, en el Pan Eucarístico que él mismo quiso dejarnos como alimento y fuerza para el camino, y como memorial del sacrificio de su vida, para que no tengamos miedo de ofrecer la nuestra como Él y con Él, en el gesto de perdón del Sacerdote que nos acerca la Misericordia de Dios, en la mano tendida del parado, del pobre o del necesitado que busca ayuda, en el emigrante que llega a nuestras playas. Y María nos ayudará como ayudó a los Apóstoles.

No solo la figura de Jesús necesita recuperar en nuestros corazones sus contornos precisos, confusos y desvaídos en esta calima de la pandemia. También la comunidad creyente ha perdido cercanía, calor, confianza, entrañamiento. Ha surgido un raro pero potente individualismo que lo domina todo, lo fragmenta todo y nos encierra a todos más que nunca en los propios intereses, como si el hermano fuera una amenaza y la distancia fuese la norma. *¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?* pregunta Jesús cuando le avisan que está afuera María y sus parientes que quieren verlo. Jesús ensancha la mirada, contempla a los oyentes que le escuchan y lo siguen, y señala: esta es mi familia, la familia de los que siguen la palabra y la voluntad de nuestro Padre Dios.

A María seguro que estas palabras de su Hijo le recordaron una historia vivida cuando su Hijo tenía doce años. Lo perdió, sintió su ausencia, llenaba su vida y de pronto miró y no estaba. Volvió a Jerusalén buscando con ansia el amor de su alma, hasta

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE NTRA. SRA. DEL PINO
Teror, 8 de Septiembre de 2020

Mis queridos Hermanos y Amigos todos:

El curso pasado lo iniciamos aquí con la memoria del incendio de las cumbres en el corazón. Habían pasado muy pocos días, y todo era muy real todavía. Habíamos llorado juntos, habíamos rezado y luchado juntos, compadeciendo con los que sufrían y alegrándonos por el final feliz. Nos unimos aquí, alrededor de nuestra Madre, la Virgen del Pino, acurrucados para sentir la caricia de sus dedos en nuestras cabezas, y consolarnos con su sonrisa leve, dando gracias a Padre Dios con Ella a todos y por todos, decididos a ser más solidarios y más responsables.

Hoy tendríamos que haber salido ya de este otro incendio terrible, pero nos damos cuenta de que hemos iniciado como una nueva entrada. ¡Dos golpes duros en menos de doce meses! ¡Qué cerca el incendio y la pandemia! ¡Qué cercanos y qué distintos! El golpe del incendio nos acercó a María, y con Ella nos acercó como siempre a su Hijo. Lo notamos en las visitas de su imagen a los pueblos afectados. Una hermosa convocatoria general. El segundo golpe, el de la pandemia, el que nos tiene todavía cogidos, parece como si nos hubiera distanciado. Estamos atravesando etapas que nunca habíamos vivido. En un instante nos hemos visto todos embarcados en la misma nave, en un viaje que todavía no sabemos ni cuando termina ni hacia donde nos lleva. Podríamos comparar los efectos de la pandemia del covid al fenómeno tan conocido entre nosotros de la calima. Todo lo entenebrece y lo difumina. Ha afectado a nuestra vida cristiana. Sus referencias básicas se desdibujan y pierden nitidez. Jesús, nuestra comunidad creyente y la misión a realizar, pierden sus contornos precisos. Distancias, ausencias, puertas cerradas de nuestras Iglesias y de nuestras casas, comuniones espirituales, caridades que no han llegado a tocar la carne del pobre. Muchas semanas sin ver, sin oír, sin tocar, sin gustar la vida diaria de la fe.

Precisamente porque hemos vivido la fe en clave virtual, a través de los Medios, nos ha servido hasta de tentación: ¿por qué no continuar haciéndolo así, sentados ante el televisor, u oyendo al obispo o al cura por la radio? Por otra parte, algunos, varios, muchos, se han visto tocados por el virus personalmente o en alguno de sus familiares y amigos, ha habido muertes, demasiadas, y han surgido las preguntas: ¿Por qué nos has hecho esto? Se llegó a plantear en el debate público: ¿es este virus un castigo de Dios? En verdad necesitamos recuperarnos, restaurar, recomponer la figura de Jesús en nuestros corazones y en nuestras vidas. Necesitamos recuperar el calor del encuentro con los hermanos en la comunidad cristiana, aunque todavía tengamos que guardar dos metros de distancia, y los rostros vayan velados por la mascarilla. Necesitamos recobrar el empuje de la misión, abrir las puertas que han estado cerradas tanto tiempo, y salir a la calle y volver a testimoniar a Jesús y su Evangelio.

La Palabra de Dios nos ayuda en esta tarea. El tiempo que medió entre la Muerte de Jesús en el Calvario y aquel día gozoso en el que la luz del Espíritu de Pentecostés hizo arder los corazones de los primeros creyentes, y su fuerza les animó a abrir las puertas del Cenáculo, fueron muy importantes y decisivos para restaurar muchas cosas en los Apóstoles. Y María, la Madre, estaba allí.

En la cabeza y en el corazón de Pedro nunca habían encajado las piezas de un Mesías que debe sufrir y dar la vida en una cruz de condenado. Los Mesías, pensaba Pedro, han nacido para vencer, para derrotar al enemigo. Y Pedro había visto con sus propios ojos cómo aquel que había señalado y nombrado como Hijo de Dios, era llevado débil y maniatado, de juicio en juicio y de condena en condena. Él mismo había sentido el miedo de la muerte cuando fue reconocido como amigo y compañero de aquel Jesús de Nazaret, y venció el miedo negando la amistad. Y, sintiendo la traición que acababa de salir de sus labios, salió afuera y lloró amargamente.

A la orilla del lago, Jesús, Señor Resucitado, restauró su propia imagen en el corazón de Pedro, invitándole con confianza a seguirle y pastorear sus ovejas con el triple encargo, que lavaba la triple negación. ¿Y el encuentro con María? Pienso en este encuentro de Pedro con María, la Madre del amigo traicionado. Si se entristeció Pedro al oír el triple encargo de pastorear, ¿no se sentiría avergonzado y triste en el encuentro con la Madre? Al acercarse por primera vez a Ella ¿qué pasaría por su mente? María tenía muy clara la Misericordia de Dios; ya la había alabado con alegría en el canto del Magnificat, cuando llevaba en su seno al pequeño Jesús. Pero había visto brillar esa misericordia en todo su esplendor en el Calvario, cuando su Hijo pedía perdón a Padre Dios por los que lo estaban crucificando, y aseguraba a un ladrón condenado su cercanía inmediata en el paraíso. Si su Hijo actuó y habló así en favor de sus ejecutores y en favor de un ladrón condenado, ¿qué debe hacer ella con Pedro, amigo de su Hijo? María es Reina y Madre de Misericordia. Y así, con la confianza de nuevo manifestada del Resucitado y la mirada tierna y misericordiosa de María, vuelve a brillar en el corazón de Pedro la figura de Jesús. Si en los momentos de tempestad, cuando los vientos trataban de hundir la barca, o cuando el miedo le hundía entre las olas, Jesús le parecía un fantasma, ahora ya no. Lleva clavada en su vida la marca de Jesús.

Y lo que hizo María con Pedro, lo hizo con todos los demás Apóstoles. Todos menos Juan habían dejado solo a su Hijo, y habían desaparecido. Todos estaban en la duda del que ve que la esperanza puesta en Jesús no pasaba de ser un sueño. Pero María sabe que los amigos de su hijo son ahora mucho más que amigos de su Hijo, son verdaderos hijos suyos. Se lo ha dicho y se los ha encomendado Jesús su Hijo en la cruz.

María no solo ayudó a los nuevos hijos a comprender su traición y a comprender la cruz y la misericordia de Dios. Con la ayuda de María se recupera la vida, la historia de Jesús. María les cuenta los pequeños pasos de la vida de Jesús niño, desde el